

*Desde el
ascensor El
Peral hasta
el ascensor
Reina
Victoria*



Resumen: Para aquellos turistas que no tienen mucho tiempo para quedarse en Valparaíso, éste es el recorrido más apropiado. Los barrios históricos del cerro Alegre y del cerro Concepción constituyen dos de los sitios histórico-culturales más sorprendentes y maravillosos del mundo; se hallan bien conservados y su gente es muy amistosa con el turista.

Tiempo Estimado de Recorrido: Aproximadamente 90 minutos a 2 horas.

Cómo Llegar: Si va en auto puede seguir por las calles principales hacia el centro de Valparaíso y dejarlo en los estacionamientos subterráneos de la plaza Sotomayor. En micro o trolley, tome cualquiera que diga “Aduana”, bájese en la plaza Sotomayor y camine 100 metros hacia el ascensor El Peral en la Plaza de Justicia.

Grado de Dificultad: Hay una pequeña subida en la calle Miramar, yendo desde el paseo Yugoslavo a Lautaro Rosas. El resto es plano o en bajada. Hay algunas escaleras pero, en general, es un recorrido para personas saludables de cualquier edad.

Infraestructura Turística: Bastante. En el cerro Alegre, La Colombina es uno de los restaurantes más finos de los que se encuentran en los cerros, con una hermosa terraza y una fina carta de vinos. En el cerro Concepción, en tanto, el café Turri es bien conocido y el bed&breakfast Brighton tiene una de las terrazas colgantes más espectaculares de la ciudad —ideal para

comidas, refrigerios, café, vino o un refrescante pisco sour. En general, cualquiera de los restaurantes importantes le permiten al turista usar el baño mientras no se abuse de ese privilegio. Ahora también hay varios cafés y restaurantes más pequeños, en muchos de los cuales vale la pena detenerse. Los sábados, el almuerzo francés en Le Filou de Montpellier (Almirante Montt con Urriola) es una de las mejores ofertas de todo Valparaíso. En cuanto a alojamiento, el Brighton es el lugar más conocido, pero hay también otros muchos B&B, además de encantadores departamentos alquilados por las propias familias. Además, el hotel Tomas Somerscales planea abrir sus puertas el 2004.

Ascensor El Peral

El tercer tramo se inicia en la Plazoleta de la Justicia frente al Palacio de los Tribunales. Sorprende una estatua emplazada delante del palacio, ya que usualmente se representa a la justicia con la vista vendada y equilibrando los platillos de la balanza, para indicar que la justicia es ciega. Sin embargo, esta justicia porteña es única en el mundo, ya que no tiene la venda en los ojos y los platillos de la balanza los tiene bajo el brazo...

Frente a la plazoleta está la entrada al ascensor El Peral. Es un angosto pasadizo que se interna hasta el torno al pie del cerro Alegre. El ascensor fue inaugurado el año 1902. Es un carro muy pequeño, enteramente de cristal con una estupenda vista al cerro Cordillera. Se divisan las casas de la quebrada y especialmente el Museo de Lord Cochrane en lo alto del cerro Cordillera, única casa de estilo español con adobe y teja, emplazada justo encima de la plaza Sotomayor.

El ascensor El Peral es uno de los más interesantes y concurridos de Valparaíso, ya que tiene salida al paseo Yugoslavo. En la estación superior se puede contemplar la sala de máquinas.

El paseo Yugoslavo

Hermoso paseo de carácter romántico con una vista panorámica a la ciudad del viento. La balastrada se asoma a la quebrada, con antiguos edificios a los pies. Hay un pimiento centenario y casas del siglo XIX que recuerdan el estilo de casona inglesa colonial con porche y ventanas de guillotina. Este paseo tiene esta denominación por el palacio que perteneció a don Pascual Baburizza, rico comerciante del Puerto que habitó el palacio. Era yugoslavo e hizo fortuna en las minas del salitre. El jardín botánico en el sector de El Salto, en las afueras de Viña del Mar, lleva su nombre.



Palacio Baburizza

Este hermoso palacio del Puerto, enclavado en un sector privilegiado del cerro Alegre, fue construido en 1916, a petición de la familia Zanelli, por los arquitectos italianos Barrison y Schiavon, autores de importantes edificios del Puerto. Una vez terminado el palacio, lo ocupó la familia Zanelli, decorándolo con muy buen gusto. Su interior

destacaba por el parqué traído de Europa y los finos muebles. En su hermoso salón hubo veladas líricas, ya que la familia italiana era aficionada a la ópera. Renato Zanelli fue un cantante destacado en los teatros nacionales.

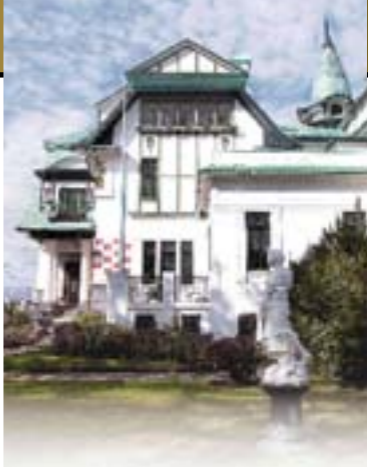
El palacio tiene muchos elementos decorativos propios de la estética Art Nouveau: torrecillas, balcones, rejas, minaretes y el clásico torreón como “sombrero de bruja”. Todo en estilo ecléctico, mezclando diversos estilos arquitectónicos. El interior asombra por su elegancia. Tiene una gran chimenea de mármol con un tapiz empotrado del siglo XVIII que representa escenas de caza. Las rejas y puertas son de fierro forjado. Tiene magníficas escaleras que conducen a un segundo piso. Las ventanas superiores de los dormitorios abren sobre la bahía con una espectacular vista. El baño es de mármol de Carrara con una ducha original muy curiosa. Los techos son de madera con vigas talladas. Hay revestimientos de madera. Todo de gran calidad.

Con posterioridad, el palacio fue adquirido por Pascual Baburizza en el año 1925, quien introdujo modificaciones, como un ascensor para comunicar los pisos, e incorporó otros elementos decorativos en la fachada, tales como los cuadriculados que corresponden a la bandera yugoslava de esa época. Adquirió el paseo que pasó a llamarse Yugoslavo. En 1971 este palacio fue adquirido por la Municipalidad y se convirtió en Museo de Bellas Artes, con obras pictóricas muy valiosas de los principales pintores del Puerto, entre ellos Thomas Sommerscales y Alfredo Helsby, autor de la famosa pintura de la niña jugando al aro en el paseo Atkinson. La importante colección fue admirada por muchos visitantes a lo largo de los años, hasta que sucesivos terremotos dejaron la casona seriamente dañada. Hoy se almacenaron los cuadros y el museo está en fase de remodelación. Se ha restaurado todo el exterior con muy buen gusto y el interior se está recuperando.

Plazoleta Joaquín Edwards Bello

La plazoleta enfrente del palacio tiene árboles añosos, principalmente pimientos. Se destacan las casonas que la rodean, todas de grandes proporciones, tal como era en aquel Valparaíso próspero de comienzos de siglo XX después del terremoto.

La plazoleta lleva el nombre de Joaquín Edwards Bello, escritor



que valorizó la poesía y la magia del Puerto de Valparaíso en muchos libros, entre ellos “Valparaíso, la ciudad del viento” y “En el viejo Almendral”.

A un costado de la plazoleta nace la subida Apolo. Muchas calles y paseos de Valparaíso tienen nombres que evocan el mundo grecolatino, porque la ciudad quiso ser una especie de Atenas del océano Pacífico. La subida Apolo tiene escalinatas que bajan hacia la calle Urriola. Conviene descender unos peldaños de la escalinata para apreciar algunas de las casonas y la perspectiva en declive de las casas del cerro de la Concepción que se divisa enfrente.

La Colombina

La primera casa de la subida Apolo es La Colombina, primitiva mansión en la que vivió en los primeros años de la década de los 20 don Pascual Baburizza mientras aguardaba que el palacio que había adquirido estuviera concluido en todos sus detalles. Hoy día, la casona fue transformada en un agradable salón de té que conserva elementos arquitectónicos propios de la época, junto a nuevos elementos incorporados, siempre en el estilo Art Nouveau. El ambiente es agradable y recomendable para almorzar, cenar o tomar un trago a media tarde.



Subida Miramar

Desde la plazoleta Joaquín Edwards Bello se sube por la calle Miramar, que es muy empinada, con casonas en donde vivieron las familias inglesas que poblaron el cerro Alegre.

Hay una casa de crucero de arquitectura muy curiosa, como la



proa de un barco. A un costado está la escalinata Bavestrello construida en los años 20, desde donde se puede apreciar la arquitectura de un pasaje con desniveles escalonados.

La calle sigue subiendo, apreciándose la ladera de un cerro con mucha vegetación. Por suerte, esta vegetación está protegida y se considera un recinto natural que vale la pena preservar por su rica naturaleza original. Arriba se divisa la parte trasera de hermosas casonas del siglo XIX con sus galerías vidriadas abiertas a la bahía.

Calle Lautaro Rojas

Es quizás la calle más hermosa del cerro Alegre. La construc-



ción de las casonas nos da una idea del estilo de vida de las familias británicas, yugoslavas y alemanas del cerro. La casona amarilla que está al fondo, haciendo esquina con la subida Montemar, fue antiguamente un colegio de señoritas para niñas inglesas que estaban allí estudiando como internas. Completamente arruinado con el éxodo de las familias inglesas originarias del barrio, el colegio fue remodelado y hoy día es un pequeño condominio que alberga varios departamentos de alto confort, manteniendo

las líneas de la arquitectura original. Los adoquines fueron removidos y vueltos a colocar siguiendo el patrón de un diseño decorativo de un palacio pompeyano.

Cada casona de la calle Lautaro Rosas es un mundo que debe apreciarse en todo su valor arquitectónico. Hay casas con hermosas mamparas y escalinatas de mármol. En la esquina con Santa Isabel se encuentra la Villa Toscana, imponente casona que perteneció a una familia española. Hoy se ha recuperado y es una casa para celebraciones y manifestaciones culturales. Conserva en su interior un importante artesanado y una terraza con espléndida vista a la bahía. Caminando por Lautaro Rosas se llega hasta la calle Templeman, por donde hay que descender.

La Zona Típica Cerro Concepción: Buscando el Pasaje Galvez

Conviene detenerse bajando la calle Templeman para apreciar la atmósfera británica de este sector, que refleja un modo de vida completamente desaparecido. Al llegar a la calle Urriola, nos encontramos frente a una casa que se usó en la película, La “Luna y El Espejo”, de Silvio Caiozzi. La calle Urriola es el límite entre los cerros Concepción y Alegre, y al cruzarla salimos de un mundo y entramos otro. Este nuevo mundo se llama la Zona Típica Cerro Concepción, que corresponde a uno de los desplazamientos urbanos más intrigantes del puerto.

El cerro Concepción, es, en realidad, un conjunto de callejones y pasajes hecho a la escala del burro. Para entrar a este nuevo mundo, tenemos que bajar brevemente a la calle Urriola y buscar una misteriosa apertura que abre hacia el interior del cerro: el pasaje Galvez.

Las casas de este y otros pasajes del sector fasci-



nan tanto por su escala Europea como por su trazado urbano. Vale la pena visualizar el esfuerzo por parte de los inmigrantes que se requería al edificar casas tan contundentes en espacios tan reducidos y encantadores. Es menester penetrar en cada uno de estos pasajes para arrancarles sus secretos. Las mamparas silenciosas son únicas. Tienen baldosas relucientes y las puertas interiores presentan detalles decorativos, tales como vidrios biselados o empavonados con figuras de cisnes y garzas.

Pasaje Gálvez

El pasaje Gálvez es un pasaje oscuro y misterioso que serpentea a nivel medio del cerro. Cada uno de estos pasajes encierra un encanto y por eso se recomienda caminar siguiendo un poco la intuición para que cada uno hilvane su propio sueño. El pasaje cruza una antigua casa pintada de verde. Luego cruza Plazoletas sombrías y se ven a mano izquierda profundas y largas escalinatas oscuras que se devuelven a la calle Urriola. A mano derecha, hay casonas ocultas tras los árboles. Se han recuperado algunas casas que tienen todo el misterio y el silencio de los pasajes del Cerro de la Concepción.

La calle Gálvez desemboca en una curiosa plazoleta con casonas de lata que se han restaurado y que hoy día son restaurantes y pequeños hoteles familiares. La escalinata que subimos nos conduce por un estrecho pasaje al paseo Gervasoni.



Pasaje Gervasoni



Renzo Pecchenino

Es uno de los paseos más emblemáticos del Cerro de la Concepción asomado justo enfrente del reloj Turri. Sonido característico de este espacio porteño son las campanadas de dicho reloj. Allí se encuentra la Casa Museo de Renzo Pecchenino, más conocido como "Lukas" un queridísimo artista y

dibujante que supo captar el alma de los porteños a través de sus caricaturas que aparecieron por varias décadas en los diarios "La Unión" y "El Mercurio". Hoy es un museo que reúne sus trabajos originales, emplazado en un sector que corresponde al espíritu porteño del artista. Las casonas de este pasaje son también únicas y denotan el estilo arquitectónico del cerro de la Concepción.

El ascensor Concepción

En el paseo Gervasoni está el ascensor del Cerro de la Concepción, más conocido como ascensor Turri. Este es el ascensor más antiguo de Valparaíso, ya que data del año 1883. El día de la inauguración, el 1 de diciembre de 1883, hubo



mucha gente apostada en la “punta de diamante” o Crucero de Reyes para ver el magnífico prodigio.

El Orfeón Municipal interpretó “Ondas del Danubio” y el alcalde de la ciudad, junto al escritor don Liborio Briebe, el inventor de tan espectacular prodigio, montaron al carro inferior, mientras otras temerosas autoridades subían al superior. Pronto, los carros de madera rústica fueron accionados por un sistema hidráulico que funcionaba mediante estanques de agua ubicados en ambos extremos del recorrido.

En la mitad, los carros se detuvieron y las autoridades brindaron, intercambiándose las copas por las ventanillas. Pronto, prosiguieron viaje, en medio de los aplausos, vivas, serpentinas y guirnaldas.

Pero los porteños no se atrevían a subir. Consideraban peligrosa tan diabólica invención, y suspicaces, las señoras de polizón y los caballeros de sombrero de copa contemplaban desde los balcones de donde se encontraba Fotografía Garreaud cómo subía un carro mientras bajaba el otro.

No pasó demasiado tiempo. Poco a poco se fueron disipando los temores y las damas porteñas se subieron a los ascensores “tan alegres y confiadas como si tan sólo se tratase de dar algunas vueltas en un carrusel”.

Los dos primeros días ya habían viajado 1.842 personas, debiendo suspenderse el servicio por falta de carbón. A los diez días, ya habían subido y bajado más de 10.000 personas y don Liborio Briebe —que además era autor de las novelas “Las camisas de Lucifer” y “Los anteojos de Satanás”— publicó satisfecho un artículo que decía: “Queda, pues, probado, que el público les ha perdido el miedo”.

Pero no faltaron los temerosos que —conociendo la obra literaria de don Liborio Briebe— atribuyeron al mismo demonio la invención del ascensor, ya que el espectáculo en la noche, con los carros subiendo y bajando en medio de las chispas rojizas y el humo de las calderas, les parecía algo verdaderamente infernal.

Con el tiempo, a lo largo de más de un siglo, el ascensor se ha mantenido subiendo y bajando a los porteños del cerro de la Concepción. Vale la pena una visita a ese ascensor histórico para subir hasta el paseo Gervasoni, uno de los más románticos de la

ciudad, con hermosas casas rodeadas de jardines.

La vista de Valparaíso, a medida que sube el carro del ascensor, es espectacular, con el reloj Turri en primer plano, los edificios portuarios más atrás, y el mar teñido de esa característica luz entre brumas de Valparaíso.



Café Turri

Hace 12 años no existía un solo restaurant en los cerros de Valparaíso. Viendo oro donde los demás vieron decadencia, el porteño Raúl Alcazar compró la ex casa de la familia Armstrong, y la convirtió en el Café Turri. Al poco andar, el hermoso local empezó a congregarse multitudes, atraído por mariscos frescos y sus vistas siderales. Hoy día, el Café Turri es toda una leyenda y su progenitor es considerado un héroe que inspiró muchos a soñar con un nuevo Valparaíso.

Calle Papudo

Este es el sector del cerro de la Concepción donde vivían las familias inglesas y alemanas. Vale la pena detenerse para mirar todas las casonas pintadas con colores intensos, realzando las fachadas metálicas. Hay pequeños almacenes de barrio, como si el cerro se hubiera quedado detenido en el tiempo.

Paseo Atkinson

Es uno de los paseos más emblemáticos de Valparaíso, especialmente por haber sido pintado por Alfredo Helsby donde se representa el estilo de vida a comienzos de siglo XX. Este notable cuadro, de grandes dimensiones, representa a una niña jugando al aro en este mítico paseo, registrando todo el encanto de Valparaíso en ese tiempo, con una dama que se aleja vestida de traje largo junto a un niño y un vendedor de pescado apoyado en una reja pintada de blanco. Toda la atmósfera tranquila y apacible del Cerro de la Concepción está plasmada en este cuadro. Hoy, cuando visitamos el pasaje de Helsby, comprobamos que se conservan las mismas casas con postigos y pequeños antejardines. Es más, muchos porteños han sabido preservar la arquitectura tradicional del cerro y han restaurado aquellas casas de estilo inglés. Ahora las vemos pintadas de vivos colores y adivinamos salones opulentos y bien decorados con sólo admirar cortinajes y pantallas de pergamino que se insinúan al trasluz.

El pasaje no ha cambiado mucho, salvo la vista que antes era más bella sobre el Puerto. Hoy la afea el alto edificio rosado del Banco de Solidaridad Estudiantil que se levantó en los años 60 en la calle Esmeralda y que le restó atractivo al paseo.

El nombre del paseo se debe a Juan Atkinson, constructor de barcos, dueño de un dique y próspero hombre de fortuna en el Puerto de Valparaíso. Se casó en 1859 con Anacleta Osses.

Construyó el conjunto de casas pareadas con jardines que dieron origen al paseo. Las casas se habitaron en 1886 y fueron las que vio y describió Rubén Darío en su “Album porteño”, pues estaban recién inauguradas. Muchas familias británicas y alemanas vivieron en las casas, entre ellas la familia de Otto Boye, cuyos hijos destacaron en la vida política y periodística. En esta casona vivió posteriormente Alejandro Cori, propietario de la Casa Cori que se hacía anunciar con el lema “Cori vende barato”. Fue una de las primeras tiendas lujosas de Valparaíso con varios pisos donde traían mercadería extranjera. Aquí vivieron Cirilo Elton, especialista en cooperativas obreras y Alfredo Vargas, arquitecto del Teatro Valparaíso, Teatro Pacífico y Galería Couve de Viña del Mar.

Las casas del paseo Atkinson son todas de dos pisos, con fachada corrida, ventanas de guillotina y antejardín. Algunas están muy bien tenidas. Han sobrevivido al tiempo. Otras están regularmente cuidadas. Sobresalen delante del paseo unos escaños para sentarse a contemplar la bahía. Todos los escaños son de gran dimensión, como para sentarse gigantes.

Abajo del precipicio se ve la plaza Aníbal Pinto con la estatua del dios Neptuno, el Café Riquet, el edificio de la Cooperativa Vitalicia que en su época de construcción en los años 30 fue el edificio más alto de Chile, la Fuente del Dios Neptuno y el nacimiento de la calle Condell con los cerros poblados de telón de fondo, circundando el anfiteatro porteño.

Café Brighton

En un costado del paseo Atkinson hay una curiosa construcción pintada de amarillo fuerte. Es el hotel y restorán Brighton. Su nombre evoca precisamente el ambiente británico del cerro en una época en que ingleses y alemanes vivían aquí en amable convivencia.

Se trata de una construcción victoriana hecha ingeniosamente de materiales antiguos reciclados, concebido específicamente para dar mayor realce al remate del Paseo Atkinson. Su progenitor principal es un porteño de ascendencia holandesa, Keiss Tijmonds, pero a poco andar asumió el proyecto el arquitecto Nelson Morgado, quien lo convirtió en el espectacular bed & breakfast que vemos hoy en día. El resultado es una casona espectacular al borde mismo de



la quebrada, como suspendida en el vacío. El hotel tiene siete habitaciones.

Abajo hay un restorán y terraza abierta al abismo, donde es posible tomar una café o cenar con vista al Puerto. El fin de semana el Brighton ofrece una noche de tangos y otro de boleros. El lugar se repleta y el ambiente es inolvidable.

La casa se levantó en el lugar donde antiguamente estaba el ascensor Esmeralda que bajaba del paseo Atkinson a la calle Esmeralda, exactamente donde hoy está la Librería Orellana.



Subida del Pastor Schmidt

Saliendo del café Brighton encontramos un pasaje estrecho que nos conduce entre casas antiguas a la subida del Pastor Schmidt, típico enclave de casas de familias alemanas. Frente a nosotros, encontramos la Iglesia Luterana.

Iglesia Luterana

La colonia alemana era numerosa en el cerro Alegre. Así como los ingleses levantaron allí la Iglesia Anglicana, ellos construyeron la Iglesia Luterana de la Santa Cruz caracterizada desde su exterior por una bella y aguzada torre.

Su interior está despojado de imágenes y adornos. La religión luterana favorece la meditación de modo que la concepción del espacio considera una atmósfera sobria y sin elementos decorativos que distraigan. Destaca sí el hermoso envigado, con sus maderas nobles a la vista y una hermosa talla en madera de Cristo Crucificado, obra del escultor alemán Peter Horne.

La iglesia se terminó de construir en el año 1898. Desde entonces, el templo sufrió las sucesivas destrucciones de los terremotos, especialmente el del año 1906, que dejó seriamente dañada la estructura. Pero la colonia alemana hizo esfuerzos en el sentido de que restauró pacientemente el templo. Hoy día, es un ejemplo de hermosa arquitectura. Una visita a su interior es una rica experiencia estética, especialmente si el visitante tiene la ocasión de escuchar uno de los importantes recitales de órganos que tienen lugar en el histórico instrumento.

La iglesia alemana, por su magnífico emplazamiento, constituye un hermoso ejemplo de construcción y entorno típicamente porteños. Enfrente de la iglesia, se divisa el cerro Panteón con sus cementerios.



Calle Abtao

Seguimos el recorrido por la calle Abtao, donde hay también casonas emblemáticas que vale la pena contemplar para apreciar los detalles arquitectónicos de su ornamentación. Hay escalinatas de mármol, balcones en madera, ventanas con visillos y mamparas relucientes con placas de bronce.



Salón Colegio Alemán

Colegio Alemán

Debido a las diferencias entre distintas colonias, los ingleses crearon el Colegio Mac Kay en el cerro Alegre, y los alemanes, el Colegio Alemán en el Cerro de la Concepción donde estudiaban los hijos de las familias que procedían de Hamburgo o Berlín. El colegio alemán es el segundo más antiguo del mundo fuera de Alemania. Fue fundado en el

año 1857 y se caracterizaba por realizar kermesses en las que participaba toda la comunidad escolar, familiares y vecinos del sector. Estas actividades eran para todos, desde los más pequeños hasta los más ancianos.

Aunque ahora el Colegio Alemán se ha trasladado al sector de Chorrillos en Viña del Mar, el viejo edificio mantiene el espíritu del tiempo pasado, cuando de la subida del Pastor Schmidt se escuchaban los compases de la música clásica que los jóvenes alumnos interpretaban en el teatro.

La Iglesia Anglicana

Todas estas pequeñas calles del cerro de la Concepción ostentan la huella de las familias inglesas, vecindadas en este cerro desde comienzos del siglo XIX. Habían llegado a Valparaíso procedentes de Inglaterra, buscando mejores posibilidades de vida y se instalaron en estas colinas verdes con vista al mar. Hoy quedan sus casas en este dédalo de calles estrechas con nombres mágicos y sonoros: Pilcomayo, Abtao, Atkinson y Pierre Loti, pequeño pasaje de casas de dos pisos, con antejardines y postigos pintados de colores claros.

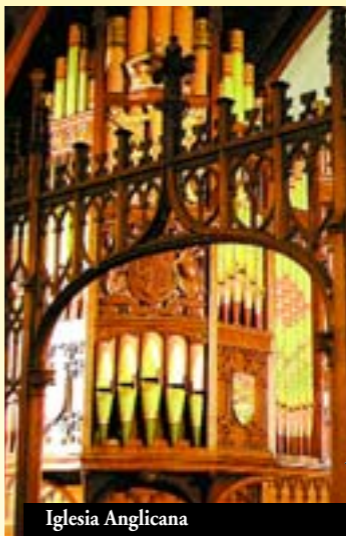
La atmósfera de estas casas da el tono de una vida amable y señorial. Allí se levanta la Iglesia Anglicana Saint Paul's, levantada con mucho esfuerzo por los ingleses que vivían en el cerro, pero que no tenían iglesia porque el país no tenía en ese entonces libertad de culto. La religión oficial era la católica y el culto anglicano debía realizarse en el interior de las casas.

En 1857 el cónsul británico mister William Rouse decidió realizar colectas y rifas con el propósito de reunir dinero para comprar un terreno. Su propósito era construir un lugar para celebrar el oficio de su iglesia. Pronto consiguió un préstamo y adquirió un terreno en una explanada del cerro de la Concepción donde levantó la hermosa iglesia anglicana Saint Paul's que conocemos en la actualidad. Fue autorizada la construcción, pero

la puerta no debía ser mayor que una puerta de una iglesia católica, por eso es que esta iglesia tiene la particularidad de que la miremos por donde la miremos, siempre tendremos la impresión de que estamos en la parte de atrás de la iglesia, ya que no tiene puerta principal y se entra por un costado.

Su construcción data de 1858, aunque sólo fue reconocida oficialmente en 1869 cuando entró en vigor una ley sobre libertad de culto. Se estima que fue la primera iglesia anglicana de la costa del Pacífico.

El proyecto fue del arquitecto e ingeniero William Lloyd llegado a Chile para construir el ferrocarril de Valparaíso a Santiago. La iglesia fue sufriendo diversos deterioros con los sucesivos terremotos, especialmente con el de 1906, que dejó seriamente dañada la bella ciudad. A partir de entonces, el templo anglicano es reparado y alhajado interiormente con un magnífico órgano donado en recuerdo de “Su Majestad la Reina Victoria”. Este hermoso instrumento de estupendo sonido y afinación fue diseñado especialmente por el especialista Mr. Craig Christie. Hasta el día de hoy suelen realizarse hermosos conciertos de órgano.



Iglesia Anglicana

A diferencia de su exterior, que es de líneas puras y simples, con un techo de dos aguas y ventanales ojivales, el interior es recargado y suntuoso. Posee bellas terminaciones y una arquitectura propia, pues el espacio aparece subdividido en presbiterio, baptisterio y nave. Esta última está construida en un nivel más bajo que las dos secciones antes mencionadas.

La iglesia posee en el interior una placa recordatoria de los soldados ingleses del cerro Alegre caídos en Europa durante la Primera Guerra Mundial. En su mayoría se trataba de hijos de ingleses afincados en estas casas con historia.

El exterior de la iglesia permite una visita agradable y con reposo. Allí se encuentra la Plazoleta de los Catorce Asientos donde los vecinos del cerro de la Concepción descansan y toman el sol en una atmósfera clásica que reivindica el barrio de atmósfera familiar.

Pasaje Pierre Loti

Frente a la Iglesia Luterana y a la Plazoleta de los Catorce Asientos se abre una pequeña puerta que conduce al misterioso y secreto pasaje Pierre Loti, llamado así en recuerdo del escritor francés del siglo XIX de paso por Valparaíso. El pasaje posee un encanto único y es fiel representante del estilo de vida amable y romántico del Cerro de la Concepción en el siglo XIX. Las casas, todas de dos pisos y de fachada corrida, tienen todas ven-

tananas de guillotina a la usanza inglesa, fachadas forradas en planchas de zinc pintadas de colores alegres y suaves, pequeños antejardines y ventanas con postigos.

Hay un apacible silencio y, cosa curiosa, siempre se ven gatos merodeando. La presencia de estos felinos tomando sol en los tejados y jardines constituye una imagen representativa de Valparaíso que no ha cambiado en muchos años.

Plazoleta de los Catorce Asientos

Se llama así a esta plazoleta por los catorce asientos de cemento empotrados que están adosados al muro que cae en pendiente a la calle Almirante Montt. Junto a uno de los muros de la Iglesia Anglicana hay varios escaños románticos de madera para que los vecinos se sienten a tomar sol.

Almirante Montt

Se sube ahora por Almirante Montt, admirando las casonas del sector. Hay allí un pequeño restorán francés llamado Le Fillou de Montpellier, (El Muchacho de Montpellier) un hito en el barrio, frente a una panadería típica con cúpula plateada, tal como tenían muchas edificaciones de Valparaíso. El interior de la panadería da la idea de una tienda tradicional de los cerros, con sus mesones y estanterías.

Paseo Dimallow

Frente al restorán Le Fillou de Montpellier está el paseo Dimallow, verdaderamente único en el Cerro de la Concepción, que también se llama cerro Reina Victoria en homenaje a los antiguos británicos residentes. El paseo Dimallow debe su nombre a don Santiago Dimallow, que nació en 1887 y quien efectuó la iluminación de la Plaza de La Victoria.

El paseo tiene varias casas demolidas o en estado ruinoso, pero se salvan algunas bien tenidas. Lo más importante del paseo es la vista que tiene sobre el Cerro de la Concepción. Se divisa la majestuosa edificación del Colegio Alemán y la Iglesia Luterana, con casas que bajan por la ladera del cerro. También se ven las calles con adoquines intactas con el correr del tiempo.

